

¿PARÁBOLAS "SIN MISERICORDIA" EN EL EVANGELIO SEGÚN MATEO?

Hay dos parábolas en el Evangelio de Mateo (la de los obreros de la viña, 20,1-16, y la del banquete nupcial, 22,1-14) que parecen ser “parábolas sin misericordia”, como si presentasen un Dios inmisericorde. En realidad la primera invita a descubrir que el Dios revelado por Cristo es un Dios “incondicionalmente” bueno. La segunda es como una “profecía amenazadora”, parecida a las de profetas antiguos, y más bien se ha de interpretar como una advertencia pedagógica que empuja a los oyentes a aceptar la llamada a entrar en la situación salvífica que él ha traído al mundo.

Parabole “senza misericordia” nel Vangelo secondo Mateo?, Rivista Teologica di Lugano 21 (2016) 11-35.

INTENTO CRÍTICO DE LAS PARÁBOLAS

“La parábola pone de manifiesto la incoherencia oculta de una cierta manera de ser religioso” (Bruno Maggioni). Una de las intenciones principales de las diversas parábolas de Jesús es poner al descubierto que un determinado modo de comportarse y de “ser religioso” es contradictorio respecto a la fe auténtica en el Dios de Jesucristo. Esto es válido sobre todo para algunas parábolas que impresionan por su severidad. Sobre este tipo de parábolas se focalizará el presente estudio. Estas parábolas suscitaban inquietantes interrogantes a los oyentes de Jesús, y lo mismo ocurre con los lectores actuales si tenemos el valor de dejarnos implicar seriamente, pues parecen presentar un Dios comple-

tamente distinto del Dios de misericordia. Esto puede causar una reacción de disgusto, especialmente en los lectores habituados al anuncio eclesial de un Dios solamente bueno, que se nos ha revelado de un modo definitivo en la persona de Cristo. O bien confirmar la predicación rigorista de la Iglesia de antaño, no tan “buenista” como la actual.

También las “parábolas sin misericordia” son “de” Jesús

Nos limitaremos a dos parábolas evangélicas –aparentemente– “sin misericordia” presentadas en el evangelio según Mateo. La de los obreros de la viña (20,1-16) y

la del banquete nupcial (22,1-14). Las interpretaremos bajo un perfil primariamente cristológico, centrado en Jesucristo, pero sin excluir otros perfiles, exegéticamente bien fundados. Particularmente, desde una perspectiva eclesiológica, atenta a la comunidad cristiana, para lo cual el evangelista ha actualizado algún elemento que necesariamente ha de ser colocado en un contexto literario, aunque también histórico. Este principio hermenéutico, universalmente válido, se aplica mayormente a textos “difíciles” de interpretar, como estas parábolas. Aquí los interpretaremos a la luz de las situaciones concretas en las que Jesús las ha contado, según el testimonio del evangelista.

Pero estas precisiones nos llevan a preguntarnos: si Jesucristo es la imagen del Dios invisible (Col 1,15), ¿cómo pueden ciertas parábolas presentarnos una figura de Dios tan severa que nos hagan dudar que hayan sido proclamadas por su Hijo? Algunos biblistas creen que algunas de sus afirmaciones poco misericordiosas no han sido pronunciadas por Jesús en persona. Seguramente el evangelista Mateo ha retocado y actualizado estas parábolas de Jesús pensando en la vida de la comunidad cristiana para quien se escribió este evangelio. Lo mismo han hecho los otros evangelistas, así como los predicadores cristianos de los primeros tiempos, de los que se nutrieron los evangelistas. Los biblistas han hecho muchos intentos de

distinguir en los textos evangélicos lo que es el estrato más antiguo de la predicación de Jesús de aquello más reciente de la redacción de los evangelios. En cualquier caso, estos estudios exegéticos no dejan de ser meramente hipotéticos. Pero, independientemente de cómo hayan sido redactadas, las parábolas “no misericordiosas” se han atribuido a Jesús en persona. Mateo ha asumido en esta parábola, aunque esté actualizada a partir de la experiencia eclesial postpascual, una plena consonancia con la definitiva revelación del Dios-*Abbà* comunicado por Jesús. Por esto, la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, no puede dar a estas parábolas un valor inferior respecto a otras solo porque habrían sido actualizadas por el evangelista u otros predicadores cristianos. En cuanto inspiradas y reconocidas por la Iglesia como pertenecientes al canon bíblico, *también estas parábolas “difíciles” son auténtica revelación divina.*

Captar la “moral” de la parábola

Además de leer las “parábolas—aparentemente—sin misericordia” del evangelio de Mateo dentro del contexto de la vida de Jesús de Nazaret, hemos de tener en cuenta además una segunda connotación hermenéutica. La podemos deducir, sin demasiados distinguos, del género literario de las fábulas por su dispositivo comunicativo, como

el de las parábolas evangélicas. Cuando se cuenta una fábula a los niños se intenta comunicarles una enseñanza de vida. Pero, una vez los niños han captado la “moral de la fábula” será necesario ayudarles a pensar que no todo lo que se cuenta hay que tomarlo al pie de la letra. En cualquier caso, los detalles fantasiosos del género deberán considerarse como secundarios para evitar que puedan provocar un malentendido del mensaje central de la fábula.

Aun así, en las parábolas de Jesús podemos encontrar también una “moral”, o sea una revelación

central focalizada en el Dios-Abbà y sobre nuestra relación con él. Pero, una vez el lector, gracias a la capacidad envolvente de la parábola, haya comprendido el núcleo verdadero y haya acogido la invitación a comportarse de una forma coherente con el mismo, *deberá “salir” de la parábola, evitando dar crédito a los detalles fantasiosos o retóricos que podrían llevarle a no captar el mensaje.*

A la luz de estas premisas hermenéuticas emprendaremos el análisis de la parábola de los obreros de la viña (Mt 20,1-16) y la del banquete nupcial (22,1-14)

PARÁBOLA DE LOS OBREROS DE LA VIÑA

“Moral” de la parábola: la fe en un Dios “no justo” a la manera humana

La primera parábola del evangelio de Mateo (20,1-16) es indudablemente difícil, diríamos “desconcertante”. No porque la trama sea difícil de entender, sino porque es difícil de interpretar en la medida en que la narración de Cristo se refiere a su conexión con el Dios-Abbà siempre y únicamente bueno. Desconcierta porque es como si con este cuento Jesús indujese a los lectores a imaginar un Dios arbitrario, tal vez injusto, identificándolo, siguiendo los pasos del “canto de la viña” de Is 5,1-7, con el propietario del viñedo en cuestión.

Por esto, teniendo presente la

advertencia hermenéutica de saber distinguir la “moral de la parábola” de sus elementos narrativos secundarios, podemos preguntarnos cuál es la revelación central de esta parábola y cuál la intención por la cual Jesús la contó. El mensaje principal de la parábola es que el Dios que se revela en Jesús *es un Dios “bueno” y no un Dios “justo”; o mejor: no es un Dios “justo” como solía imaginarlo al menos una parte de su auditorio o como se lo figuran muchos lectores actuales.* De hecho, muchos oyentes o lectores de la parábola muy probablemente reaccionarían exactamente como los braceros contratados a la hora prima. Tras haberse fatigado durante una calurosa jornada, el patrón, de una manera totalmente imprevisible, les

estaba dando la misma paga que a los que habían trabajado menos horas. Por ello se pusieron a protestar contra él en nombre de la justicia retributiva y, en particular, por la proporcionalidad entre trabajo y salario. La conclusión de los lamentos es pues lógica: “No es justo”. El sentido de injusticia es tanto más agudo si se recuerda que el terrateniente, que no había pactado el salario con los nuevos llamados, les había simplemente asegurado: “Os daré lo que es justo”.

Pero, a través de la respuesta del patrón, Jesús reconduce a sus interlocutores –de entonces y de ahora– a descubrir al único Dios-*Abbà*. Y Jesús concluye: “¿Tenéis razón! Dios no es justo; por lo menos, no lo es como lo imagináis vosotros. Dios es sorprendentemente bueno”. A la luz de esta revelación de la parábola, los oyentes de Jesús eran invitados a tomar conciencia de que con un Dios “verdaderamente” justo, como ellos pensaban, realmente ningún hombre sería “aceptable”. Tanto es así que, cuando habrían imaginado a Dios como el juez verdaderamente justo, lo habrían representado como juez de los otros: de los que gozaban de la vida de un modo pecaminoso, como los adúlteros, los deshonestos y los publicanos, como los terroristas homicidas o los zelotes. No como un Dios justo con respecto a *sí mismos y a los que ellos amaban*. Es más, dado que no podían negar haber sido “engendrados en la culpa”, y haber hecho “lo que es malo a los ojos de

Dios”, habrían deseado que el Señor fuera indulgente con ellos mismos.

En definitiva, si tuviesen verdaderamente idea de lo que es el “justo salario”, reivindicado por los braceros de la parábola, todos los hombres merecerían bien poco ante el Señor. Al contrario, todos tienen algo que hacerse perdonar, aunque solo sea el pecado de la envidia por la vida de los otros, que muchas veces nos parece más bendecida que la propia. Seguramente Dios no se arrepentirá de haber tenido demasiada misericordia con sus hijos, sino que serán ellos quienes pedirán perdón por su falta de reconocimiento respecto a sus contrarios.

Esto no es obstáculo para que, según Jesús ha dicho, Dios sabrá apreciar lo que de bueno los hombres habrán realizado en la viña de la vida, aunque, casi con toda certeza, podrían haber hecho más. No obstante esto, el *Abbà* de Jesús es “Dios y no hombre”. Por esto no será justo a la manera humana, sino *a su modo*, sin medida. Por el contrario, su recompensa final será siempre por exceso, nunca por defecto; es decir, será siempre mayor que nuestros méritos.

En todo caso, la pregunta provocadora del patrón al final de la parábola –“¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?”– permanece “abierta”, sin respuesta, implicando a cada oyente o lector, interpelado por el uso del adjetivo “tu”. Pero, gracias a esta violenta irrup-

ción en la conciencia de tantos de sus adversarios, Jesús los anima a descubrir el verdadero rostro del Dios-*Abbà* y a confiar en él de una manera más auténtica. Cada uno de ellos, como los braceros de la parábola, es llamado a pronunciarse: deberá escoger entre adaptar la propia vida a la perspectiva desmesuradamente generosa de Dios o cerrarse en su propia visión maleada, acabando así por autocastigarse con la carcoma de la envidia. El Dios-*Abbà* no goza juzgando las culpas de los hombres para poder hacer justicia, aquí con enfermedades e incidentes y, más allá, con terribles penas eternas. El Dios-*Abbà* de Jesús es desproporcionadamente generoso. No sigue la lógica retributiva del premio a la obediencia y castigo a la desobediencia, *suum cuique*, tan profesada por las personas religiosas del judaísmo coetáneo de Jesús.

Los legisladores y jueces no se arriesgan a administrar otro tipo de justicia que sea capaz, no solo de dictar las penas correspondientes a las infracciones de las leyes, sino, sobre todo, de recuperar integralmente a los culpables. La mayor parte de las veces, los hombres son constreñidos a atenerse sustancialmente a la *lógica del "chantaje"*: "Si no cumples esta ley, incurres en la sanción prevista". Dios, por el contrario, prefiere la *lógica del "rescate"*, haciendo todo lo posible, por medio de Cristo y de su Espíritu, para rehabilitar la libertad culpable, redimiéndola de los pecados, que, cuando son reitera-

dos, tanto más esclavizan al pecador.

En este sentido, la justicia *meramente retributiva*, con su intrínseca proporcionalidad, no es la adecuada para expresar el "*sine modo*" de la *charitas* que Dios "es". Antes bien, la retribución, estando condicionada, es una categoría completamente insuficiente para designar el amor incondicionado y gratuito que el Padre de Jesucristo experimenta por cada uno de sus hijos. Esta es la "moral" de la parábola de Mateo 20,1-16.

Contexto cristológico: el juicio sobre los demás y la envidia por la misericordia de Dios

Jesús ha contado esta parábola para hacer reflexionar, especialmente a sus opositores, que se equivocaban, ya sea porque pretendían obrar en conciencia, ya sea porque *envidiosos de la misericordia de Jesús con los pecadores, se arrogaban el derecho de juzgarle*. En sustancia, representaban a aquellos operarios de la viña quejosos de que los últimos en llegar al trabajo cobrasen igual que los primeros. Podían representar a tantos adversarios de Jesús que protestaban porque el anuncio del Dios-*Abbà* ponía de manifiesto la incoherencia escondida en su modo de ver la religión. Muchos de los que se oponían a Jesús eran escribas y fariseos y también sacerdotes y ancianos del pueblo. En cambio, los

braceros de la parábola que, por pura generosidad del patrón, habían trabajado solo al final del día, podían identificarse con los numerosos pecadores que se habían dejado convertir por Jesús, a pesar de ser vistos como pecadores. Eran publicanos como Mateo, que había dejado un trabajo mal visto para entrar en el grupo de los doce. El rostro del Dios-*Abbà*, que transmitía Jesús, ofrecía a todos palabras y gestos de misericordia que incitaban así a tratar al prójimo con idéntica misericordia.

Malentendido de la relación propia con Dios: el laxismo

Si esta revelación de la generosidad “ilógicamente” ilimitada de Dios, que incita a los discípulos de Cristo a compartir la misericordia hacia los pecadores, es la “moral” de la parábola, ¿cuáles son los aspectos que son dejados de lado? Y, sobre todo, cómo superar la tentación que incita al lector creyente a pensar: “Si Dios es tan bueno para continuar amando a todos y prescindir de nuestra buena conducta, ¿por qué deberé comportarme según su voluntad?”

Debemos admitir que pensamientos de este género se presentan tal vez también a nuestros lectores. En la época de Jesús eran sus adversarios, carcomidos por la envidia, a causa de su benevolencia frente a los pecadores. También en la comunidad cristiana del tiempo de Mateo y Pablo, no pocos ju-

deo-cristianos se preguntaban el motivo por el cual “todos”, paganos incluidos, pudieran recibir la justificación ofrecida por Dios “gratuitamente por su gracia, por medio de la redención de Cristo, solamente a condición de creer en él y, por tanto, “independientemente de las obras de la ley” de Moisés. De manera similar, también muchos cristianos de hoy se muestran escépticos y escandalizados por el evangelio de Cristo, según el cual Dios continuaba siendo misericordioso frente a los que, a la luz de una visión *humana* de la justicia *divina*, no lo merecían. No se daban cuenta de que, a decir verdad, ninguno la merecía. Aun hoy, después de dos mil años de cristianismo, no son pocos los fieles que perciben como un escándalo la “buena noticia” de la oferta *incondicional* de la salvación traída por Cristo. Y ello es así porque la lógica que hace girar al mundo obedece a una visión retributiva de la justicia.

Aunque la cosa no funciona siempre así. Antes bien, *en las relaciones más profundas de la vida esta lógica salarial o meritocrática no funciona*. Una madre no cuida con afecto a su niño porque espere de él una recompensa, aunque sea en el futuro. Le trata bien únicamente porque le quiere bien. El amor entre los esposos es el alma de las innumerables atenciones que se prodigan entre ellos. Pero cuando los cónyuges inician entre ellos un discurso reivindicativo (si te toca a ti o me toca a mí),

a menudo significa que de la lógica amorosa están pasando, quizás inconscientemente, a una situación que desembocará antes o después en un litigio. Pues bien, si no existe un sistema que rija en las relaciones de la vida, aún menos funciona en las relaciones con el Señor. Por tanto, cualquiera que imponga la relación con él en términos meramente retributivos y condicionales, acabará por escandalizarse, malentendiendo la bondad incondicional y universal co-

mo si fuese arbitraria, injusta y discriminatoria. Por consiguiente, se cae en el rencor hacia los demás, los cuales caen bajo su juicio universal anticipado en el tiempo, como el fariseo de otra parábola de Jesús que daba gracias a Dios porque él no era como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros... En cambio, los discípulos de Jesús, que han aprendido de él que, con Dios-*Abbà* incondicionalmente bueno, la única ley es la del amor reconocido del hijo.

PARÁBOLA DE LOS INVITADOS AL BANQUETE DE LA BODA REAL

Probablemente, según el testimonio de Mateo, la parábola de los braceros contratados para trabajar en la viña, fue contada por Jesús poco antes de su llegada a Jerusalén, donde sería condenado a muerte. La intención de esta parábola pedagógicamente provocativa de Jesús es promover una crítica a la ilusoria certeza religiosa de sus adversarios e incitarlos a abandonar la imagen de un Dios *condicionadamente justo*, que retribuye a *condición* de que se actúe según su voluntad, y abrirse a la fe en una relación auténticamente filial con el Dios-*Abbà incondicionalmente bueno*. A este respecto, la parábola insiste no tanto en el *comportamiento* de Dios hacia los sedicentes creyentes, sino más bien en el *comportamiento de los sedicentes creyentes* frente a Dios y sus hermanos, pues estaban escandaliza-

dos por la imagen de un Dios ilimitadamente bueno presentado en las parábolas de Jesús.

Pero las relaciones de Jesús con sus oponentes se dañaron definitivamente desde el momento en que hace un gesto escandaloso en aquel contexto religioso: un golpe al sistema sacrificial de Israel, al expulsar del atrio del templo en nombre de Dios a todos los cambistas y vendedores de animales destinados al sacrificio. Y en el pórtico del templo, en este escenario de tensión, Jesús pronuncia una trilogía de parábolas –aparentemente “sin misericordia”– en las que critica de manera explícita a sus opositores: la parábola de los dos hijos invitados a trabajar en la viña (Mt 21, 28-32), la de los viñadores homicidas (21,33-44) y la del convite desatendido a la boda del hijo, transmitida por Mateo (22,1-14) y

por Lucas (14,15-24). Después de la última parábola, la tensión en torno a Jesús crece aún más y la reacción de sus adversarios consiste en tenderle una trampa a propósito de la licitud de pagar el tributo al César.

Pero es en especial mediante las tres parábolas dirigidas en público contra los sumos sacerdotes y notables del templo, que Jesús intenta, por última vez, manifestarles el verdadero rostro del Dios-*Abbà*, que, durante aquellos tres años, ellos habían rechazado siempre violentamente. Al mismo tiempo, intenta desvelar con una “ducha fría” la espera mesiánica del pueblo de Dios, que afluye en masa a la ciudad santa por la Pascua. Fue con este doble intento pedagógico que Jesús recurre de nuevo a los “oráculos de amenaza” de los antiguos profetas de Israel, en particular, en la última de las tres parábolas, verdadera síntesis de la historia de la salvación, y recuerda con fuerza que frente al rechazo de los invitados “el rey envió sus tropas, dio muerte a aquellos asesinos y prendió fuego a su ciudad” (22,7).

Hay que hacer notar que, cuarenta años después de la muerte de Cristo, en el año 70, el ejército romano destruyó efectivamente Jerusalén, sofocando con sangre la primera revuelta de los judíos. No sabemos si Jesús había previsto en esta parábola la desgracia que en el futuro se abatiría sobre su pueblo, o quizás fue Mateo quien, escribiendo el Evangelio después de

la destrucción de Jerusalén, la relacionó con la amenaza de Jesús. En cualquier caso, ¿identificaron los cristianos aquella ciudad con Jerusalén? Es arriesgado tomar posición con certeza sobre esta conjetura. De hecho, en el contexto del evangelio según Mateo, con esta parábola Jesús pone en guardia a los adversarios sobre la catástrofe que les caería si él era condenado a muerte.

Es más, la parábola deja entender que, además de las consecuencias letales del rechazo pecaminoso de los adversarios de Jesús, Dios habría mandado a otros siervos para invitar a la salvación eterna –simbolizada por el banquete matrimonial– no solo a los judíos sino también a los paganos. Más exactamente, la parábola se refiere a “todos” aquellos que encontréis en la calle.

¿Quiénes son estos otros siervos? Si en el Antiguo Testamento los designados eran los profetas, que, al precio de su vida, invitaron en vano al pueblo de Israel a caminar por el camino de la salvación, los siervos de la segunda vuelta prefiguran a los misioneros cristianos. Fue, especialmente, después de su resurrección, que los otros siervos de Dios recibieron el mandato de hacer “discípulos a todos los pueblos” (28,19-20). Aunque, durante la misión terrena de Cristo, la parábola ya se había parcialmente realizado, su “buena noticia” sobre el Dios-*Abbà* “rico en misericordia”, fue acogida no solo por los “buenos”, sino también por

los “cautivos”, no solo los “justos”, sino también los pecadores, pues esa era la voluntad de su Padre.

Sin embargo, es innegable que, sea la primera misión de los discípulos organizada por el mismo Jesús, o sea la sucesiva actividad misionera de la Iglesia, desde los orígenes se encontraron siempre con el rechazo de parte de los judíos. La mayoría de ellos se comportaba como aquellos invitados a la comida nupcial que se habían mostrado indignos. En este sentido, en la historia de la Iglesia apostólica la parábola ha encontrado una nueva actualización: como testimonio, sobre todo en las cartas del apóstol Pablo y de los otros apóstoles, de que gran parte los judíos rechazaron también la renovada invitación a la salvación divina mediada por Cristo y repetidamente proclamada por los misioneros cristianos.

Malentendido sobre la propia relación con Dios: el terror de Dios

Una vez comprendido el mensaje central de la parábola, se equivoca quien intenta encontrar elementos narrativos para defender a Dios de la acusación de ser un juez implacable o un vengador sin piedad. Esta interpretación no es correcta simplemente porque *no es Dios quien está cuestionado, sino los hombres* como los llamados a beneficiarse de su señorío salvífico. No se excluye que el lector pue-

da imaginar también lo contrario, porque el rey hace gestos que recuerdan algunas intervenciones salvíficas de Dios a lo largo de la historia de Israel. Es innegable que ha sido el Señor quien ha enviado a los profetas a exhortar a los antiguos israelitas a vivir en la alianza gozosa con él, como el rey de la parábola que manda a sus siervos a invitar a la comida del hijo. Por otra parte, Dios Padre ha enviado a Jesús, y después de él, a tantos misioneros cristianos a invitar a todos los hombres a vivir con él, *Abbà* únicamente bueno.

Ahora bien, ¿cómo se conjuga la imagen del Dios justiciero, que parece evocarse en la parábola, con la revelación del Dios-*Abbà* únicamente bueno, proclamado en tantas páginas de los evangelios, y más aún después del relato de la muerte de Cristo, por medio de la cual el Dios-*Abbà* se ha reconciliado con todos los pecadores, no imputándoles ninguna culpa? Efectivamente, en aquel momento “crucial” de la historia, Dios Padre oye el ruego del Hijo crucificado de perdonar incondicionalmente a los malvados que lo estaban matando, casi contradiciendo el castigo infinito a los invitados renuentes de la parábola.

Desde éste y otros relatos se evidencia que *el centro de esta parábola no es la revelación de la justicia o de la ira de Dios, sino la invitación presente a entrar en la festiva situación salvífica que Cristo ha venido a inaugurar como punto sin retorno en la historia*

de la humanidad. En esta parábola no se pone en cuestión el comportamiento del rey, sino el de sus invitados.

El mismo Jesús, antes de esta última tentativa de hacer brecha en la conciencia de los incrédulos bajo la amenaza pedagógica de un castigo letal, había invitado ya a sus oyentes a contemplar el rostro infinitamente bueno del Dios-*Abbà* en otras parábolas, como la del sembrador, sembrando la palabra divina que germina en todas partes; la del grano de mostaza, que por obra de Dios deviene un gran árbol; la de la levadura que hace crecer toda la masa; pero, sobre todo, la parábola de la pecadora samaritana centrada en la misericordia ilimitada del Padre celeste, que no quiere que ninguno de sus hijos se pierda. En parábolas como ésta, Jesús había ya mostrado a los interlocutores cuán eficaz era la salvación ofrecida por el Dios-*Abbà* a través suyo. Antes bien, a este respecto, Jesús se presentaba, con su palabra y con sus hechos, como un médico que, en su misericordia, curaba los enfermos antes que a los sanos y llamaba a la conversión a los pecadores antes que a los justos. O la de la moneda perdida en el evangelio de Lucas, y sobre todo la del hijo pródigo. Con parábolas de este tipo Jesús había revelado claramente el amor incondicional que “es” el Dios-*Abbà*. Pero, en el momento “crucial” de su misión reveladora, Cristo se ha visto obligado, por la impermeabilidad al evangelio manifestada

por sus adversarios, a recorrer a parábolas indudablemente severas, como la de los invitados renuentes en la boda real. En este trance, su intento, siempre salvífico, ha devenido mucho más provocativo.

“Moral” de la parábola: acogida de Cristo con fe laboriosa

Efectivamente, la “moral” de la parábola de Mt 22,1-14 parte de que, en tiempo de Jesús, eran muchos los judíos que rechazaban su oferta de salvación. Por lo demás, ya sus antepasados habían perseguido y dado muerte a los profetas enviados por Dios, desencadenando graves consecuencias para todo el pueblo de Israel, la más traumática de las cuales había sido la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor en el 586 a.C.

A este respecto, sin embargo, debemos resaltar el sentido salvífico de los llamados “*oráculos de amenaza*” de los antiguos profetas. Aunque recurrieran a terribles previsiones de castigo, a la luz de la revelación definitiva de Jesús vemos que Dios no condena ni castiga *directamente* a los pecadores. Por ejemplo, al lado de cuanto presagiaban numerosos presagios, sobre todo del profeta Jeremías, el Señor no envió al emperador babilonio a destruir Jerusalén. Fueron los israelitas, quienes, aliándose con pueblos idólatras, cayendo en el sincretismo religioso, desobedeciendo los mandatos del Señor,

acabaron por perjudicarse a sí mismos. Definitivamente, las profecías de amenaza deben entenderse como *advertencias divinas únicamente con el fin de provocar la conversión de los pecadores*, evitando así que las cosas se hagan mal. Ciertamente, aunque Cristo sobre la cruz ha obtenido del Padre el perdón incondicional para todos, ello no significa que Dios, por ser juez justo, manda a los pecadores al infierno, sino más bien que ellos, alejándose de Dios, prefirieran marcharse “a fuera en la tiniebla” y se condenaran a sí mismos al llanto eterno (Mt 22,13).

Por otra parte, para comprender esta parábola “difícil”, es necesario tener presente las circunstancias en las que Jesús la contó: estamos en *el segundo día de su estancia en la ciudad santa*, al principio de la Pascua. Jesús advierte al pueblo: “Si me matáis, moriréis como vuestros antepasados: ¡seréis vosotros mismos la causa de vuestra perdición!” Esta parábola contiene una especie de “oráculo de amenaza”, como las de los antiguos profetas. Debemos, pues, interpretarla como una advertencia pedagógica. En resumen, la parábola enseña que *quien acoge a Cristo en su vida con fe gratuita evita la perdición eterna*.

De manera similar podemos interpretar también el castigo que se imparte en la parábola al invitado que acude al banquete sin el hábito nupcial: “Será arrojado afuera a las tinieblas; allí será el llanto y el crujir de dientes”. Este durísimo

castigo tiene solamente el *objeto pedagógico de poner en guardia* respecto a las desastrosas consecuencias espirituales que se abatirán sobre aquellos que, habiendo creído en Cristo, no se comporten de un modo coherente con el evangelio.

Para determinar la culpa de este último invitado hemos de considerar que los siervos de la parábola, después del rechazo de los primeros invitados, habían invitado al banquete “a todos aquellos que encontraran en la calle, malos y buenos” (v. 10). Es evidente que *la culpa de aquel invitado no sería ser “malo” en cuanto pagano o pecador*. Tanto “malos” habían venido asimismo como él al banquete, es decir, habían creído en Cristo, se habían convertido y habían entrado en el interior de la señoría salvífica de Cristo.

Entonces, podemos preguntarnos, ¿en qué maldad incurrió para merecer un castigo tan terrible? No incurrió en ninguna maldad. Pero, precisamente *esta pereza suya de no hacer nada era su incumplimiento pecaminoso*. No hacía nada para estar a punto para la fiesta matrimonial. Imaginaba que podía permanecer tal cual había llegado allí: si era “malo”, seguiría siendo “malo”.

Ciertamente, había recibido una invitación enteramente gratuita para participar en el banquete de la boda del hijo del rey y había acudido a ella. Sin embargo, no demostraba ningún agradecimiento;

tanto es así, que no se ponía el vestido nupcial. Dicho de otra manera: Jesús y su Iglesia ofrecen la salvación divina a “todo el mundo”, sean buenos o “malos”, con una sola condición: que sea acogida, que se acepte la invitación al banquete matrimonial; que demos hospitalidad a Cristo en nuestra propia existencia, sin dejarnos distraer o entregar el corazón a empeños, aunque sean honestos y debidos, como el trabajo, los negocios o la familia.

La parábola insiste en la necesidad de que a esta opción de la fe en Cristo ha de seguir una vida animada por la caridad, como la suya. Quien cree en Cristo pero no se reviste de buenas obras, como un hábito nupcial dado por Dios, acaba por morir de frío con llanto y crujir de dientes. (v.13).

Jesús ha querido hacer percibir a sus oyentes *el peso de la propia responsabilidad en relación con la vida eterna*. Para no estropear los innumerables dones de Dios, los cristianos deben quitarse el “vestido viejo” de las culpas y los vicios para endosarse uno nuevo: “el hábito de la caridad, que tapa una multitud de pecados”. El bautizado es invitado por el evangelio a revestirse “de sentimientos de ternura, de bondad, de humildad, mansedumbre y magnanimidad”, esto es, a revestirse del mismo Cristo, originando así un hombre nuevo.

En conclusión, la finalidad de esta parábola es poner en guardia ante el peligro de rechazar el don

de la vida eterna con Dios, por mediación de Jesús, de una manera definitiva. Sus interlocutores son llamados a creer en él viviendo en caridad. Todos son llamados a participar de la salvación divina inaugurada por Cristo. Sin embargo, solamente unos “pocos” serán los “elegidos”. (v.14); es decir, aquellos que, ya en este mundo, habrán deseado tomar parte, mediante una fe operante en Cristo, en la gozosa vida con Dios Padre, la que alcanzarán ya resucitados. Quien, en cambio, se comporta rechazando obstinadamente a Jesús, se condena a las tinieblas para siempre. Según esto, el castigo impartido por el rey al invitado sin hábito nupcial se entiende como una tremenda *auto-exclusión* de este último *de la comunión eterna con Dios*.

Cualidad existencial de la parábola: la reflexión sobre la libertad

Como toda parábola, la de los invitados al banquete de la boda real exige de sus lectores el paso de su comprensión a una situación existencial actualizada. Repararnos así en las múltiples sugerencias ofrecidas por el relato evangélico. Ante todo, que *Dios Padre desea salvar a todos sus hijos*. Cristo ha revelado esto desde el principio de su ministerio público, cuando ofrecía la salvación a “todos”, “buenos” y “malos”, aun a riesgo de provocar el escándalo de tantos bienpensantes.

Queda así confirmado que la finalidad de esta parábola es invitar a sus oyentes a reflexionar en profundidad sobre el *valor de la libertad humana*, con la que se puede aceptar o rechazar el don divino de la salvación. También porque el banquete nupcial de la parábola empieza ya ahora. Y ya en esta vida estamos llamados a acoger responsablemente la invitación de Dios a mantener una buena relación con él, la cual llegará a su plenitud definitiva en la vida eterna.

Además, la parábola deja entender que hasta el fin del mundo, Dios continuará enviando en misión hombres y mujeres de fe para hacer comprender a “todos” que lo encontrarán todo a punto para hacer de la vida una comunión gozosa y salvífica con él, la cual, inaugurada en este mundo, se realizará exhaustivamente en el otro.

Una real toma de conciencia de este deseo divino de salvar a todos los humanos debería exigir a los oyentes y lectores de la parábola que no se dejaran llevar por una hipócrita seguridad basada en su

pertinencia meramente formal a la comunidad cristiana o a otros comportamientos sustancialmente farisaicos, que les harían impermeables a la exigencia de su amor. También esta toma de conciencia de la voluntad salvífica de Dios debería espolearles a corresponder con fe reconocida y con amorosa laboriosidad.

Una vez entendida esta doble exigencia moral deducida de la parábola de los invitados al banquete de la boda real, conviene detenernos sobre la reacción encolerizada del rey, recordando que el *Abbà* de Jesús no es identificable con este rey tan severo, sino con el padre de la parábola del hijo pródigo, que no desea sino perdonarle. Porque, si esta parábola mateana de Jesús nos deja imaginar un rostro tan duro de Dios, es solo porque está utilizando el mismo *expediente pedagógico* de tantos prudentes padres que, incluso a su pesar, castigan a sus hijos para enseñarles cómo deben comportarse. Pero se trata solamente de una estrategia educativa para su bien.

“¿POR QUÉ LES HABLABA CON PARÁBOLAS?”

Queremos puntualizar ahora el motivo por el cual Jesús prefiriese recorrer al género parabólico, especialmente con respecto a las “parábolas –aparentemente– sin misericordia”. El análisis de las dos parábolas de Mt 20,1-16 y Mt 22,1-14, confirma que para él se

trataba de una manera de implicar la libertad de sus interlocutores y, asimismo, de *ayudarles a sintonizar con su modo filial de sentir la vida*. Solo quien cree en Jesús, aunque solo sea germinalmente, llega a cosechar en sus parábolas el significado salvífico para la propia vi-

da, incluso en aquellas que puedan parecer inmisericordes. En este sentido podríamos decir: *¡Quien cree, ve!*

Revelación “teo-lógica” de las parábolas y su uso pedagógico con los “pequeños”

Aun así, nosotros, a la luz de la fe en Cristo, podremos captar también cómo las parábolas de Mt 20 1-16 y 22,1-14 contienen un *intento pedagógico fundamental*: convertir a sus destinatarios a la “imagen” incondicionalmente buena “del Dios invisible” que “es” Jesucristo.

Debemos, sin embargo, estar atentos al hablar de Dios a los niños y a los de fe débil, a no inculcarles la idea malsana de que Dios sea un “padre patrón”, evitando asimismo caer en la vieja tentación de hacerles temer a Dios casi como si fuera un soberano omnipotente, que con sus prohibiciones arbitrarias intenta mantenerlos sometidos. Debemos purificar nuestra imagen de Dios, asumiendo el modo filial de verlo, como nos enseñó Jesucristo, especialmente a través de sus parábolas, y nos damos cuenta de que la “buena nueva” es que *Dios no es un patrón condicionalmente justo, sino un padre incondicionalmente bueno.*

Aunque es verdad, como el mismo Cristo ha prometido, que al fin de la historia volverá como un “ladrón”, entretanto debemos procurar no dar cobijo a este “fantasma” de Dios ni evocarlo en el corazón de los otros, para no escandalizarles. Por el contrario, enseñarles que Jesús nos ha precedido con sus parábolas para revelarnos, con una pedagogía “provocadora”, que *con Dios* vale solo la lógica del amor de Dios: un amor que a menudo puede parecer también ilógico, pero, sin embargo, infinitamente más eficaz que el de los mejores padres capaces de sacrificarse para hacer felices a sus hijos. Hemos de dejarnos fascinar por el Dios-*Abbà* desproporcionadamente generoso que se nos manifiesta en Cristo. El estilo del amor filial enseñado por Cristo es el de los hijos de Dios que le dan gracias por haberles llamado a la vida y haber dado un sentido salvífico a su trabajo en la vida del mundo. Por todas las cosas bellas y grandes que, poco a poco, ellos hacen florecer mediante el sudor de su frente. Y piden perdón al señor de la historia si, algunos días, se han comportado con hábito poco evangélico. Los hijos prometerán al Padre que procurarán aceptar siempre con caridad operante su invitación a la salvación, dando lo mejor de sí para expresarle su amor y agradecimiento.

Tradujo y condensó: JOAQUIM PONS ZANOTTI